

Apuntes sobre el género y *Tres ensayos de teoría sexual*



JOSÉ ASSANDRI¹

El 25 de junio de 2014 —a las 16 horas, en París, en el Ministerio de Relaciones Exteriores—, se realizaba el coloquio «Freud, un espíritu europeo». Organizado por el Comité Freud², el evento tenía como objetivo mayor el reconocimiento de la obra del «padre del psicoanálisis», para que fuera «ennoblecida accediendo al patrimonio de la Unesco como una joya literaria y científica al servicio de la humanidad». Nueve mujeres barbudas irrumpieron en la escena para leer una proclama que, entre otras cosas, cuestionaba los *gender studies* yanquis, que para ellas niegan la alteridad de género y proponen a algunas mujeres relevantes como modelo para las otras; también declararon que era ineludible rimar feminismo con feminidad, objetando por otro lado el reparto «freudiano» entre padres y madres, y además, la necesidad de las mujeres de escapar de la *Big Mother*³. Como dato elocuente, señalaron que mientras el 83 % de los que exponían en el coloquio eran hombres, el público era mayoritariamente femenino.

1 Miembro de École Lacanienne de Psychanalyse. assas@adinet.com.uy

2 La revista *Passages*, dirigida por Emile Mallet, promovió la creación del Comité Freud, que actualmente está integrado por Michel Schneider, Charles Melman, Hervé Le Bas y Roland Gori. Se puede consultar la dirección: www.comite-freud.com

3 *Big Mother*, nombre que emerge del mediático *Big Brother*, es un concepto de parentalidad generalizada que implica la utilización de tecnologías de geolocalización, inalámbricas y de video para realizar un seguimiento constante de las actividades de los niños. Este artefacto orwelliano lleva a un desempeño de la maternidad y la paternidad a tiempo completo, incluso cuando los niños están en la escuela.

Las intenciones del Comité Freud —lograr que Freud fuera patrimonio de la humanidad— fueron alteradas por las activistas del grupo feminista La Barbe⁴ («La Barba»). La tensión que provocó La Barbe en el coloquio no pudo ser resuelta por el personal de vigilancia del Ministerio ni con la amenaza de recurrir a la policía, de modo que los organizadores resolvieron desalojar la sala dejando solas a las nueve mujeres barbudas. No hubo que lamentar daños físicos.

Por cierto que este no ha sido ni será el único enfrentamiento por cuestiones de género en los que ha estado y estará involucrado el psicoanálisis. Es evidente que las reivindicaciones de género de La Barbe se dirigen a las posturas patriarcales y conservadoras atribuidas al psicoanálisis. Pero ¿por qué ese cuestionamiento al psicoanálisis? ¿De qué modo se coloca el psicoanálisis en las tensiones de género? ¿Hay en estas batallas otros asuntos que puedan ser tratados de otro modo? Es sabido que el género, como concepto, no estaba disponible en la época de Freud, por lo que no podía discutir con él ni oponerse o servirse de él. El recurso al viejo proverbio de que entre la ballena y el oso no puede haber batallas podría parecer una solución. Del mismo modo que la ballena y el oso habitan en distintos lugares, y por eso no es posible colocarlos en el mismo campo de batalla, Freud y las mujeres barbudas pertenecen a campos diferentes, con lo que no habría lugar a conflictos. Sin embargo, es inocultable el peso que tienen en nuestro tiempo los asuntos de género. Son de tal actualidad que si el psicoanálisis les diera la espalda, correría el riesgo de volverse inmediatamente anacrónico.

Varios son los puntos que La Barbe pone sobre el tapete, particularmente cómo en ciertas definiciones de género se tiene en el horizonte la idea de padre y de madre. Por eso objetan que toda mujer y todo hombre completen su femineidad y su hombría cuando tienen hijos. Además de señalar que esa exigencia productiva y reproductiva oculta el bosque de la diversidad —al cuestionar la *Big Mother* irrumpiendo en un coloquio parisino sostenido en esa idea de un Freud «padre» del psicoanálisis—,

4 Sobre el grupo La Barbe es posible informarse en www.labarbelabarbe.org El video de la intervención de La Barbe se puede ver en <https://plus.google.com/109595311003045675652/posts/7rpXsjue1Z6>

también cae en la controversia el *Urvater*. ¿Freud omnipotente? ¿Freud omnisciente? Evidentemente, esa figura de padre está muy cerca al viejo y querido Dios de todos los monoteísmos. ¿Qué alcance tiene adjudicarle a Freud el estatuto de «padre»? ¿Los que practican el psicoanálisis son todos hijos de Freud? ¿Qué efecto tendría para el psicoanálisis desprenderse para *siempre* de esa idea de un «padre» Freud?

ARQUEOLOGÍA

Hacer una arqueología del concepto de género puede ser de utilidad, aunque el resultado no sea más que una arqueología precaria, parcial y limitada⁵, no solo por las restricciones de espacio y personales para esa elaboración, sino porque a partir de la década del ochenta, se ha escrito y debatido mucho sobre el asunto⁶, por lo que el género es lugar de producciones tan heterogéneas que, llegado cierto momento, parece que nos encontramos con una palabra cambalache. Aun así, un punto ineludible para esa arqueología es alguna referencia a quien trasladó desde el lenguaje al campo de la sexualidad la palabra *género*: el Dr. John Money. Psicólogo, médico y psiquiatra neozelandés radicado en Estados Unidos, desde comienzos de la década del cincuenta hasta su muerte fue profesor de Pediatría y Psicología Médica en la Universidad John Hopkins de Baltimore. Allí llevó adelante sus concepciones, en las que separaba radicalmente el sexo biológico y los hábitos de comportamiento. Afirmó que hasta los dos años, el género se definía independientemente de la biología, y también concluyó que dependía de la crianza y la educación. Sus planteos de la identidad de género y de la neutralidad de género tuvieron bastante éxito en el campo médico-psicológico y se extendieron rápida-

5 *Arqueología* en este caso refiere a conceptualizaciones de Foucault en las que el conocimiento, los objetos, los conceptos no son algo dado por sí mismo, que en un supuesto origen se encontrarían tal cual las conocemos, sino que se han construido en cierto momento histórico en el que juega el poder, el azar, incluso la contradicción, cuestiones que justamente una arqueología se ocupa de analizar. *La arqueología del saber*, del propio Foucault (1969), es el libro donde plantea su método, pero también es posible leer sobre ese método en *Signatura rerum. Sobre el método*, de Agamben (2008/2009).

6 Solo para colocar algunos nombres para este asunto: Butler, Echavarren, Kosovfsky Sedgwick, Haraway, Bordieu, Badinter, de Beauvoir, Wittig, Laqueur, Preciado, Eribon...

mente, salvo que el caso que él consideró demostrativo de sus teorías tuvo algunos giros inesperados. En 1966, un varón gemelo nacido en Winnipeg, Canadá, a sus ocho meses, durante una operación de fimosis sufrió por accidente la carbonización de su pene. Se le presentó entonces al Dr. Money un caso ideal: el mismo caudal genético podía poner a prueba su teoría del género. Mientras su hermano gemelo seguía su varonil camino, a los veintidós meses, Bruce se transformó en Brenda. Para reasignarle el sexo no solo le atribuyeron otro nombre, sino que le removieron los testículos y le confeccionaron su primer vestido con aquel que había usado su madre en el casamiento. Con el correr de los años, fue tratado con hormonas, pero el proyecto con el que se pretendía demostrar que educarlo como si fuera una niña haría de él una niña comenzó a generar malestares, incluso provocó algunos intentos de suicidio. A sus catorce años, Brenda comenzó a insistir con algunas preguntas porque aunque había sido educada como mujer, se sentía hombre. Entonces llegó a conocer la parte de su historia que le habían ocultado, y su existencia tuvo un giro radical. Cambió sus tratamientos hormonales para eliminar los rasgos femeninos y fomentar la masculinidad; eligió *David* como nombre (aquel que venció al gigante)⁷; se casó con una mujer que tenía hijos, ya que ser padre era importante para su idea de hombre. En mayo de 2004, David Reimer se suicidó, dos años después de que su hermano Brian muriera de sobredosis de medicamentos para el tratamiento de la esquizofrenia⁸. Un final trágico seguramente puede apresurar conclusiones que no necesariamente serán las más pertinentes, pero no hay dudas de que ese aprendiz de brujo que es todo humano difícilmente puede llegar a tener en cuenta las enseñanzas que le deja la historia. Incluso para el psicoanálisis, en el que la particularidad es la clave, aferrarse a algunos conceptos puede tener efectos no esperados.

7 David se presentó armado de un revólver al consultorio del cirujano que había intervenido en la accidentada operación de fimosis. Le preguntó si lo reconocía, a lo que el médico respondió: «¿Cómo me voy a olvidar de esos ojos?».

8 Esta historia fue conocida a partir del artículo de Colapinto «La verdadera historia de John/Joan» y el libro *As Nature Made Him: The Boy Who Was Raised As A Girl*. En Montevideo, en 2010 se representó su historia en teatro, en *David que no fue Brenda*. Es posible ver el documental *El Dr. Money y el niño sin pene*.

Esa distinción entre género y sexo, claramente operada por el Dr. Mone, evidentemente no se produjo como una simple iluminación en horas cercanas al mediodía. Ensayar una arqueología nos lleva a otros tiempos, otros debates, otras necesidades e, incluso, otras teorías; aun más: ¿de qué manera se puede incluir a Freud y el psicoanálisis en una arqueología del género? En *Tres ensayos de teoría sexual*, algunas líneas plantean de lleno el asunto del género:

Es indispensable dejar en claro que los conceptos «masculino» y «femenino», que tan unívocos parecen a la opinión corriente, en la ciencia se cuentan entre los más confusos y deben descomponerse al menos en *tres* direcciones. Se los emplea en el sentido de la *actividad y pasividad*, o en el sentido *biológico*, o en el *sociológico*. El primero de estos tres significados es el esencial, y el que casi siempre se aplica en el psicoanálisis. (Freud, 1905/1996, p. 200)

Conviene ubicar estas formulaciones porque se trata de una nota a pie de página, fechada en 1914, que se sitúa en medio de dos asuntos escritos en 1905. La nota fue insertada por Freud cuando expresaba en su texto que la libido sexual es siempre activa y, por lo tanto, asimilable a lo masculino, y desde 1914, luego de la nota, aparecen referencias a la bisexualidad. Asimismo, podemos señalar la particularidad de que en la primera edición, de 1905, Freud declaraba que había conocido la bisexualidad *a través de Wilhelm Fliess*, referencia que poco tiempo después borró⁹.

En apenas un fragmento del texto se abren varios caminos para hacer algunas exploraciones: el carácter masculino de la libido, las «*tres direcciones*» con las que considerar el par masculino-femenino y la bisexualidad. En cada uno de estos puntos se puede percibir la problemática del género sin

9 Considerar el texto teniendo en cuenta las notas, las modificaciones en el texto, las supresiones y agregados implica realizar un ajuste al modo de fechar *Tres ensayos de teoría sexual*. Si bien habitualmente se lo señala con el año 1905, el hecho de que Freud volviera al texto a lo largo de casi durante veinte años, parece más ajustado consignar que su escritura fue realizada de 1905 a 1924. Esto amplía el espectro de incidencia de *Tres ensayos de teoría sexual* en relación con otros textos escritos a lo largo de ese tiempo.

que se use esa palabra, y en ellas, Freud (1905/1996) expresa la posición del psicoanálisis en su tiempo. Para él, de las «tres direcciones», la biológica es la «que admite la más clara definición» porque «masculino y femenino se caracterizan por la presencia del semen o del óvulo, respectivamente, y por las funciones que de estos derivan» (p. 200). En esas derivaciones incluye las diferencias de musculatura, la agresión, la intensidad de la libido, y aunque planteó la excepción de algunas especies animales, en las que «esas propiedades corresponden más bien a la hembra» (p. 200), no puede ocultarse que el par masculino-femenino se define tomando como referente una idea de lo masculino centrada en la potencia física. Tanto *femenino* como *masculino* son nombres del género, pero el recurso de Freud al basamento biológico, reduciendo la cuestión radicalmente al espermatozoide y al óvulo, merece ser considerada¹⁰ a la luz de lo planteado por Laqueur (1990/1994) como el pasaje del modelo del unisexo al modelo de los dos sexos.

A partir del siglo XVIII, la biología fue transformándose en «el fundamento epistemológico de las afirmaciones normativas del orden social» (Laqueur, 1990/1994, p. 25). Pero en ese trayecto constató que todo lo que había sido dicho sobre el sexo había sido reivindicado antes para el género (que aún no estaba definido como tal).

La inestabilidad de la diferencia y la identidad reside en el mismo corazón de la aventura biológica, en su dependencia de los fundamentos epistemológicos previos y cambiantes e incluso de los políticos [...] [y] ninguna serie de hechos implica una justificación concreta de la diferencia. (Laqueur, 1990/1994, p. 47)

El modelo de los dos sexos no se trató de la evidencia de un nuevo saber sobre el cuerpo, sino que se fue produciendo, según Laqueur (1990/1994), a través de «micro-enfrentamientos por el poder en las esferas pública y privada» (p. 330). Laqueur tuvo como objetivo persuadir al lector de «que no hay un representación “correcta” de las mujeres con los hombres y que, por tanto, toda ciencia de la diferencia es errónea» (p. 50).

10 No nos ocuparemos en este lugar de los otros puntos señalados.

Freud, como heredero de la Ilustración, contribuyó al modelo de los dos sexos, entre otras cosas, haciendo un reparto de zonas erógenas rectoras. Para el hombre, fue el pene, mientras que para la mujer, a través de una teoría de desplazamiento de la excitabilidad, postuló la vagina. Pero para que fuera la zona rectora en la mujer, luego de la latencia, la excitabilidad debería migrar desde el clítoris hasta la vagina (Freud, 1905/1996, pp. 201-202). Para Laqueur (1990/1994), «tanto la emigración de la sexualidad femenina como la oposición entre vagina y pene deben entenderse como re-presentaciones de un ideal social bajo una forma nueva» (p. 408), e incluso califica «el cuento del clítoris» como una «parábola cultural» cuya finalidad era forjar un cuerpo válido para la civilización.

Una teoría puede evaluarse según los efectos que tiene. La princesa de Grecia y Dinamarca, Marie Bonaparte, conoció la obra de Freud a través del sociólogo francés Gustave Le Bon hacia 1923. Posiblemente, una de las cuestiones que acercó a la princesa al psicoanálisis fue su frigidez. Antes de viajar a Viena para conocer a Freud y analizarse con él, escribió un artículo con el seudónimo A. E. Narjani: «Considérations sur les causes anatomiques de la frigidity chez la femme» («Consideraciones sobre las causas anatómicas de la frigidez en la mujer»). Allí explicaba la frigidez por la distancia demasiado grande entre el clítoris y la vagina. Su artículo aparentemente se basaba en un estudio hecho a doscientas mujeres tomadas al azar en las que se medía la distancia del clítoris al meato urinario. Es conocida la historia que vincula a la princesa con Freud y el psicoanálisis. Fue ella quien conservó sus cartas a Fliess y lo rescató del nazismo, pero el motivo por el que figura en *La construcción del sexo* fue la serie de operaciones a las que se sometió bajo el bisturí del Prof. Josef von Halban. La finalidad de esas operaciones era desplazar el clítoris, como un modo de obligar a su propia carne a que se acomodara a la teoría de la migración postulada por Freud, ya que su «desarrollo» no había culminado como habría sido esperado¹¹.

11 Laqueur también se refiere a este asunto en «Amor veneris, vel dulcedo appetitur» (1989/1992). Es posible ver los avatares de la princesa en la película *Princesse Marie* (2004), con Catherine Deneuve en el papel de la princesa.

Esta historia de la operación de la princesa podrá parecer algo alejada en el tiempo y la geografía, sin embargo, en nuestras tierras y en un tiempo más cercano también tuvo efectos la teoría de la migración de la excitabilidad. Gil (1997) consigna que por los años setenta, una mujer que había pasado tiempo antes por el consultorio de un analista lo consultó por su persistente sensación de fracaso, algo que no había cedido en su tratamiento anterior. Tampoco había desaparecido su frigidez, aunque había renunciado a tomarla como un síntoma. A la pregunta de si no sentía nada durante el coito, la respuesta asombra al analista: «Mi orgasmo es clitoridiano. ¡Nunca llegué a tener un orgasmo vaginal!» (Gil, 1997, pp. 40-41).

Tanto este caso como el de Marie Bonaparte parecen responder a una pregunta: ¿Cómo hacer para que la mujer sea verdaderamente opuesta al hombre y no se confundan? La respuesta sería que sus órganos sean «verdaderamente» opuestos. En esta teoría de Freud, que sigue teniendo resabios de las teorías del unisexo, si la vagina tiene como función alojar el pene, para que eso tenga como resultado la perfecta oposición complementaria de los sexos es necesario que cada órgano goce de esa magnífica correspondencia. Laqueur (1990/1994) plantea el asunto de este modo:

El clítoris es una versión del órgano masculino —¿por qué no a la inversa?—, y solo al postular una especie de histeria femenina generalizada, enfermedad en que la cultura adopta el papel causal de los órganos, puede explicar Freud cómo la vagina cede supuestamente su rol, en la vida sexual de las mujeres, a favor del «órgano opuesto». Esta es, en otras palabras, una versión de la historia central moderna de la batalla del sexo único frente a los dos sexos. (p. 397)

¡Ay, Eugenio! ¡Ay, Eugenio Portela, traductor de Laqueur! No es «cómo la *vagina* cede supuestamente su rol», sino que se trata de cómo el clítoris cede su rol de excitabilidad a la vagina¹². Tal vez no haya respuesta más acertada a la teoría freudiana de la migración de la excitabilidad que este traspíe de traducción, porque —en definitiva— la teoría de la migración de la excitabi-

12 El lector puede leer este fragmento en inglés en <http://www.fichier-pdf.fr/2013/02/16/making-sex-body-and-gender-from-the-greeks-to-freud/preview/page/245/>

lidad de Freud podría llegar a calificarse como una teoría sexual que buscaba un final feliz. Laqueur se ocupó de mostrar que el saber médico de la época contradecía la teoría de la migración y que Freud, cuya carrera de medicina se inició con la neurología, difícilmente podía desconocer esas cuestiones. Salvo que fue justamente la necesidad de postular dos sexos opuestos lo que indujo a Freud a una teoría que «lejos de ser la expresión de diferencias naturales... es la supresión de las semejanzas naturales» (Laqueur, 1990/1994, p. 409). Planteadas de este modo las cosas, se puede argumentar que:

Como las estudiosas feministas han demostrado hasta la saciedad, *siempre* es la sexualidad de la mujer la que está en constitución; la mujer es una categoría vacía. Solo la mujer parece tener «género», puesto que la propia categoría se define como aquel aspecto de las relaciones sociales basado en la diferencia entre sexos, en la cual la norma siempre ha sido el hombre. (Laqueur, 1990/1994, p. 51)

GENEALOGÍA

La obra de Laqueur no es desconocida en el campo freudiano. Volver a sus estudios sobre el cuerpo y Freud parece redundante, incluso debería haber sido suficiente con lo escrito por Gil en *Sigmund Freud y el cinturón de castidad* (1997). ¿Por qué volver una y otra vez sobre los mismos puntos? ¿Qué novedad aporta al psicoanálisis? En esa perspectiva de una arqueología que parece siempre insuficiente, dos abordajes pueden dar alguna perspectiva distinta a esa tendencia de volver a decir casi lo mismo. Uno de ellos es parte de la misma arqueología, el otro corresponde estrictamente al psicoanálisis.

Al analizar la arqueología, cómo se construyen los conceptos, en su surgimiento, se revela como intervienen fuerzas, posiciones políticas, incluso enfrentamientos que el tiempo borronea con el polvo del olvido. Foucault (1971/1992) llama a eso genealogía y plantea la necesidad de

localizar los acontecimientos, fuera de toda finalidad monótona; atisbarlos donde menos se los espera, y en lo que pasa por no tener historia —los sentimientos, el amor, la conciencia, los instintos—; captar su retorno,

no para trazar la curva lenta de una evolución, sino para reconocer las diferentes escenas en las que han representado distintos papeles. (p. 12)

Para Foucault, en el mundo de las cosas dichas hubo y habrá invasiones, luchas, rapiñas, disfraces, astucias... Freud insistentemente trató de que el psicoanálisis fuera incluido en lo que se entendía como ciencia en su época. Su elección del término *sexualidad* en vez de *erotismo* estuvo marcada por la idea de que el primero era más científico que el segundo. Las opciones de nombres no son al azar, como tampoco puede decirse que el acto de borrar el nombre de Wilhelm Fliess en *Tres ensayos de teoría sexual* sea algo simple ni casual. La correspondencia y la relación entre Fliess y Freud se cerraron en 1904, en medio de reproches y explicaciones. En 1903, Weininger publicó *Sexo y carácter*. Allí, Weininger escribió sobre la bisexualidad, de la que se había enterado a través de Hermann Swoboda, quien había escuchado de Freud esa palabra, que la había recibido de «buena fuente»: Wilhelm Fliess. Mientras Fliess le criticaba no haber sido cuidadoso con su «descubrimiento», Freud respondía que en *Tres ensayos de teoría sexual* evitaría toda referencia a la bisexualidad, salvo en dos lugares, en los que las referencias bibliográficas inevitablemente obligaban a usar la palabra y su nombre debía aparecer expresamente (Freud, 1950/1994, p. 510).

¿Por qué borró Freud el nombre de Fliess de su texto en una edición posterior? Podría pensarse que el paso del tiempo liberó a Freud de la obligación de citarlo. Sin embargo, si se lee la continuación en el recorrido de Freud, se nota que en un artículo publicado escasamente tres años después utilizó explícitamente la palabra *bisexualidad* sin hacer ninguna referencia a Fliess. En 1908, Freud publicó «Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad», en el que se lee: «el significado bisexual de los síntomas histéricos, demostrable por lo menos en numerosos casos, es por cierto una prueba interesante de la aseveración por mí sustentada, de la disposición bisexual» (Freud, 1908/1993, p. 146), borrando de ese modo aquello que antes había reconocido como de Fliess. ¿Cómo es que llegó Freud a cambiar de ese modo?

Antes de formar parte de sus *Obras Completas*, «Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad» apareció por primera vez en el primer número de *Zeitschrift für Sexualwissenschaft* («Revista de sexología»), en

enero de 1908. Dirigía esta revista el Dr. Magnus Hirschfeld (1868-1935), llamado el *Einsten del sexo*. Hirschfeld encabezó el movimiento uranista en Alemania desde 1897, cuando fundó el *Comité científico humanitario* (WhK). La divisa de este movimiento era «La justicia gracias a la ciencia», y el comité tenía como objetivos la investigación científica sobre el sexo, pero también la actividad política para la derogación de leyes que penalizaban la homosexualidad en Alemania. En 1901 publicó *¿Que debe saber el pueblo sobre la cuestión del tercer sexo?*, del que se llegaron a editar 50.000 ejemplares. Allí figuraba una lista de homosexuales célebres y se reivindicaba la moralidad de estos y su voluntad de integrar la sociedad. En 1919 fundó el *Instituto para la ciencia sexual* —en cuya entrada figuraba la leyenda «Consagrado al dolor y al amor»—, que acogía a los homosexuales que buscaban ayuda médica, apoyo psicológico o el sostén de un grupo. En 1919 se estrenó la película *Diferente a los otros*, en la que Hirschfeld actuaba como médico comprensivo y el primer actor, un violinista homosexual, era interpretado por Conrad Veidt, que también encarnaría el personaje principal de la película *El gabinete del doctor Caligari*. En el mismo año, la película fue prohibida para un público que no fuera «especializado». El movimiento de Hirschfeld hacía *lobby* para modificar leyes y realizaba mítines públicos con el mismo objetivo, en uno de los cuales este fue herido y dado por muerto. El ascenso del nazismo y la persecución a los homosexuales puso fin a ese y otros movimientos que había en Berlín. A comienzos del siglo xx, Hirschfeld fue un referente importante para los movimientos homoeróticos que nucleaban a mucha gente y tenían bares propios y lugares de encuentro¹³.

Este escueto currículum de Hirschfeld necesita que se agregue un dato interesante para el campo freudiano, y es que se acercó al grupo que en Berlín se reunía en torno a Karl Abraham y perteneció a la Sociedad Psicoanalítica de Berlín desde 1910 a 1911. Sin embargo, el primer movimiento hacia Hirschfeld lo hizo Freud, previo al envío de su artículo. El problema por la atribución de la bisexualidad no concluyó con la terminación de la correspondencia entre Freud y Fliess. A fines de 1905, Fliess hizo que

13 Otro dato interesante en el que no ahondaremos es que Hirschfeld fue el inventor del término *travestismo*.

un tal Pfenning publicara un panfleto acusando a Weininger, Swoboda y Freud de plagio. Weininger ya había muerto. Swoboda emprendió acciones legales y publicó un libro en el que demostraba que las afirmaciones eran gratuitas. Por su parte, Freud escribió sendas cartas a Karl Krauss, director de *Die Fackel* («La antorcha») y a Magnus Hirschfeld: «Es un pergeño repugnante, que entre otras cosas arroja absurdas difamaciones contra mí...» (citado en Jones, 1997, p. 328). Si le escribió a Krauss, posiblemente se debió al temor de caer bajo la crítica corrosiva del periodista, pero escribirle a Hirschfeld seguramente no tenía los mismos objetivos, ya que poco después le envió el artículo, que en principio estaba destinado a ser publicado en *Jarbuch für sexuelle Zwischenstufen* («Anales de sexo intermedio»), la primera revista dirigida por Hirschfeld.

Ese movimiento de Freud hizo que Hirschfeld se acercara al psicoanálisis, por lo menos hasta el 29 de octubre de 1911, cuando Abraham le escribió a Freud que Hirschfeld se había dado de baja del grupo local aduciendo que había sido maltratado por Karl Jung. Aunque Hirschfeld, en opinión de Abraham, no había entendido de qué se trataba el psicoanálisis y en realidad se había acercado por motivos políticos (Freud y Abraham, 1965/2001, p. 148). Años después se puede leer cómo zanjó Hirschfeld su acercamiento al psicoanálisis en *El alma y el amor* (1953), libro escrito y publicado en su exilio en Francia. En él cuestionó que los psicoanalistas, en su «psicología profunda» se detenían en la infancia sin ocuparse lo suficiente de la «sexología biológica»:

Los psicoanalistas desearían atribuir a Weininger el descubrimiento de la bisexualidad fisiológica de los seres vivos. Este, en efecto, habla en *Sexo y Carácter* de las mezclas, individualmente diferentes para cada ser, de los elementos masculinos y femeninos. [...] Pero se olvida que en su obra aparecida en el año 1903 el mismo Weininger se refiere a nuestro *Jarbuch für sexuelle Zwischenstufen* que apareció en 1899 y cuyo título ya indica nuestra preocupación por los problemas de la bisexualidad. (p. 128)

En lo que escribió Hirschfeld, el nombre de Fliess ni siquiera aparece. Es respecto a Weininger que reivindica el término *bisexualidad*. Importa el asunto porque la cuestión de la bisexualidad era parte de las formulaciones

que utilizaba el movimiento de Hirschfeld para liberar el homoerotismo de la condena legal y moral. ¿Se podría decir que al dirigir Freud su artículo de 1908 a la revista de Hirschfeld rectificaba la atribución de la bisexualidad a Fliess? Postulamos que el término *bisexualidad* se produjo a través del *uranismo*, un nombre olvidado de la homosexualidad. De hecho, tanto *uranismo* como *homosexualidad* fueron nombres creados por los que en su época defendían el homoerotismo de la persecución¹⁴. *Uranista* fue el nombre que entre 1864 y 1865 utilizó Ulrichs en una serie de cinco ensayos titulados *Estudios sobre el misterio del amor masculino*. En su conceptualización del amor masculino, argumentaba que se trataba de algo natural y biológico, pero recurrió a un nombre de la mitología griega, acorde a las épocas en las que la Antigüedad renacía en Alemania.

La mitología griega dividió el amor entre Afrodita Pandemos y Afrodita Urania. La primera —la de todo el pueblo, el amor venéreo— era hija de Zeus y Dione, mientras que la segunda era el resultado de la castración de Urano por Cronos. De la espuma del mar, donde Cronos había tirado los genitales de Urano luego de castrarlo, surgió Afrodita Urania, un amor celestial apartado del amor físico.

Ulrichs recurre a la mitología griega para defender el homoerotismo, señalando que era ajeno al uso de los cuerpos, solo era espiritual. Pero, curiosamente, acuñó una frase en latín para la definición del *uranismo*: *anima muliebris virili corpore inclusa* («un alma femenina atrapada en un cuerpo masculino»). Se podría decir que esta frase es tributaria y al mismo tiempo tiene un papel clave en la producción del saber sexual de la época. Por un lado, tomando en cuenta que el primer manual de psicopatología sexual —*Psychopathia sexualis*, de Heinrichs Kaan, publicado en Leipzig en 1844— fue escrito todo en latín, y que más de cuarenta años después, en 1886, Richard von Krafft-Ebing publicó la primera versión de su *Psychopathia sexualis*, en la que el uso del latín se restringía a los fragmentos más eróticos de sus casos clínicos, se puede afirmar que el latín era a la vez el modo de ocultar el erotismo en las publicaciones científicas al mismo tiempo que señalaba las líneas en las que estaba lo que era censurado.

14 En el caso de *homosexualidad*, fue creado en 1869 por Károly Mária Kertbeny.

Si en el siglo XIX el latín era la lengua del erotismo en el campo científico y cultural, que Ulrichs hubiera recurrido al latín para definir el uranismo lo coloca en la misma vena. Con el latín —la lengua del «saber» sexual— Ulrichs produce un movimiento nunca antes realizado: le da al cuerpo un sexo, y al alma, un género. Esta división, bastante cercana a la versión cristiana del cuerpo como cárcel del alma, también es fiel a su época al colocar el peso masculino en el cuerpo mientras que el lado femenino se encuentra en el alma. El uranismo y su definición importan porque resultan en el primer esbozo de separación entre sexo y género, incluso se podría decir que *uranismo* es el primer nombre de género, más allá de que el homoerotismo fuera calificado de degenerado.

El hecho de que Freud le enviara su «Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad» a Hirschfeld implicaba que ajustaba su dirección. Sabía a quién le enviaba su texto, corregía su error haciendo público que no era de Fliess, que la bisexualidad llegaba al psicoanálisis, aun cuando en el artículo afirmó que era algo que surgía de su práctica. La fórmula uranista de un alma femenina y un cuerpo masculino abría la posibilidad de distinción entre sexo y género, y a la vez, la posibilidad de una separación entre el cuerpo y el goce. El psicoanálisis también es tributario de ese tiempo, se produjo en esa brecha. El desvío de la neurología que constató Laqueur en la teoría de la migración de la excitabilidad podría leerse de otro modo a partir de la bisexualidad. ¿Hasta dónde aquello en lo que innovaba Freud, ese deslizamiento provocado por la bisexualidad, la contingencia de la soldadura entre el objeto y la pulsión, no lo obligó a fabricar un freno a través de una suerte de normalidad sexual resultado de un desarrollo?¹⁵

El psicoanálisis no surgió solo de la «ciencia», sino también de esas batallas políticas, de las reivindicaciones «homosexuales». La lucha por la autoría de la bisexualidad no se dirime encontrando el «verdadero» nombre a quién se le podría atribuir. Si ni siquiera la biología estaba fuera de las cuestiones políticas, importa reconocer de qué campos, de qué ba-

15 No debería tomarse como algo casual que fuera a Marie Bonaparte a quien le dijera que a pesar de todo su esfuerzo, no había llegado a saber qué quiere una mujer.

tallas llegan algunas cosas. En esas batallas, en las que la política importa, muchas veces ocurre que se ocultan cosas. De hecho, así como el nombre de Hirschfeld aparece velado en la historia del psicoanálisis, también en la historia del homoerotismo hay un ocultamiento de ese pasaje de Hirschfeld por el psicoanálisis¹⁶.

Una genealogía del género se revela entonces bastante cercana a una arqueología del psicoanálisis y hace que sea clave cómo se ubica el psicoanálisis en esta batalla sin fin. Como señala Davidson (2001/2004, pp. 116-117), con Freud sucede muchas veces que se polariza su lugar. Están aquellos que lo consideran como un héroe, alguien que casi sin antecedentes construyó el psicoanálisis, un «padre» cuya teoría es imprescindible para entender lo que es la *cultura occidental* desde comienzos del siglo xx, pero también están otros que sostienen que mucho de lo que afirmó Freud ya había sido dicho por otros en su tiempo, que fue alguien que tomó de sus alrededores sin decirlo, casi un oportunista. Sin embargo, para una arqueología del psicoanálisis se debería tomar como hipótesis central de *Tres ensayos de teoría sexual* (1905/1996) la contingencia en la soldadura entre la pulsión y el objeto de la pulsión. Es a partir de ese punto que el psicoanálisis construye una versión del sujeto distinta a la que pudo haber fabricado el resto del saber sobre la sexualidad de su época porque, en definitiva, señala que la subjetividad es algo que se construye y no viene estrictamente ya dado con la carne ni con una dotación genética. Apartarse de un supuesto determinismo biológico para plantear la construcción también merece sus matices.

Hacking —en su libro *¿La construcción social de qué?* (1998/2001)— pone en cuestión precisamente ese facilismo con el que se recurre a la «construcción», que incluso en algunos casos lleva a suponer que todo podría ser manipulado. En particular respecto al género, Hacking distingue entre las feministas a aquellas que son «reformistas», las que son «rebeldes» y las «revolucionarias» (pp. 30-31). Entre estas últimas incluye a Monique Wittig, quien cuando alguien le preguntó si tenía vagina, dio una respuesta contundente: «No». Esa respuesta, que puede parecer extraviada,

16 Cf. Abelove (1993/2000).

busca alcanzar el discurso «científico» que no solo pone un nombre a las cosas, sino que también impone a un sujeto toda una serie de cuestiones médicas, psicológicas y culturales a través de un órgano. En la batalla de los géneros hay una situación paradójica, no se puede dejar de tener en cuenta lo que hay de construcción, pero al mismo tiempo es necesario tomar en cuenta el discurso biológico que pone un límite a la deriva de la construcción.

Aquella bisexualidad a la que se le atribuía un sesgo biológico para nosotros es algo obsoleto. Es necesario, entonces, dar un paso más, porque en la medida en que el género se ha separado más abiertamente del sexo, la batalla ha dejado de lado el fundamento biológico y se continúa por otros medios. En nuestro tiempo —que, debemos reconocer, sigue siendo heterosexista, patriarcal y androcéntrico—, la batalla se continúa fundamentalmente a nivel jurídico, con reivindicaciones de los derechos de género, contra de la violencia de género, pero de tal modo que no podría decirse que solo son dos, sino que tienen sus ramificaciones¹⁷. Pasado el tiempo en el que los llamados perversos se defendían de la codificación psicopatológica, es un tiempo en el que la genealogía del género no tiene fin. Deberíamos tomar nota de que no debió haber sido casual que los griegos emparejaran a Afrodita con Ares (o Marte, como se conoce a través de los romanos). El amor y la guerra van juntos, por lo menos desde la Antigüedad; por cierto, de distintos modos, pero será siempre una batalla sin fin, ya que en ella se pone en juego una erótica del dominio y resistencia al poder porque se trata del control del objeto, de las angustias que surgen en relación con el amor y la destrucción a la que puede llevar el goce, porque también está en juego la identidad y el reconocimiento, todos asuntos que tienen que ver con la subjetivación.

¿Es posible separar las batallas políticas del sufrimiento provocado por los síntomas y la angustia? Punto de quiebre que polariza por un lado a

17 Si ha habido tanta producción de trabajos sobre el género se podría suponer que se trató simplemente de un tema de moda o que había distintas versiones de un mismo asunto que puede ser mirado «objetivamente» desde distintas ópticas. Sin embargo, también es posible leer estas cosas desde otro sesgo, precisamente tomando en cuenta que algunos textos emergen de distintas batallas, de diferencias que se transforman en heridas, de reivindicaciones en las que algunos juegan sus vidas.

aquellos que están en una posición militante y atribuyen sus sufrimientos a la sociedad, y, por otro, a aquellos que suponen que se trata de algo exclusivamente personal. Eso puede esquematizarse poniendo en un lado al Comité Freud y en otro a La Barbe. ¿El asunto era que el Comité Freud desalojara la sala de un modo u otro? ¿Por qué no podían escuchar lo que La Barbe tenía para decirles? ¿Hasta dónde ellas verdaderamente esperaban ser escuchadas? ¿Qué tipo de relación es posible entre la ballena y el oso? Apenas se puede decir que hay ciertos senderos que algunos transitan hacia uno y otro lado, pero que precisamente el recurso a la ciencia que tomó Freud para que el psicoanálisis no fuera tomado como religión, ni como «ciencia judía» ni como una charlatanería debe combinarse con ese gesto de dirigirse a un militante como Hirschfeld para publicar allí un artículo, poniendo su nombre entre otros seguramente no muy bien vistos por la Alemania de aquellos tiempos. ¿Cuántos analistas hay en estos tiempos capaces de hacer ese gesto de publicar en una revista *gay* o lesbiana? Tal vez no sean pocos, de eso no se estila hacer estadística, pero también es cierto que entre los militantes *gay*, las lesbianas, las feministas, hay algunos que saben que hay algo a leer en el psicoanálisis. Así como también es cierto que algunos llamados analistas no han podido desprenderse del peso que implica considerar algunas prácticas eróticas como perversiones, hay también militantes *gay* para quienes se trata de escapar de un psicoanálisis¹⁸ que funciona como representante de la heterosexualidad obligatoria y el patriarcalismo.

Para el psicoanálisis no es fácil escapar a eso que se le atribuye, por más que sea discutible o falso, en algunos casos. De hecho, cuando se discute una teoría, siempre hay momentos de atribución y adjudicación como parte de la argumentación. ¿Qué puede decir un historiador, un filósofo o un estudioso del género sobre el psicoanálisis? Puede abordar su teoría, señalar sus puntos débiles, sus fallos, los efectos: no es poca cosa. Sin embargo, hay una fisura importante que separa el psicoanálisis de los otros discursos y teorías: en el psicoanálisis hay lo que se llama clínica. Freud privilegiaba la consigna de tomar cada caso como si fuera el primero, lo que marca un punto de distinción del psicoanálisis, pero que también es de

18 Escapar al psicoanálisis, de este modo titula Eribon (2008) un libro que vale la pena leer.

incomunicación con otros campos del saber. Carece de sentido responder a las críticas que se le hacen al psicoanálisis esgrimiendo lo que surge de tal o cual caso. Esa particularidad importa al psicoanálisis porque es su método, es el dispositivo que permite constatar cuando algunas formulaciones son obsoletas y cuando es necesario crear otras. Por más que Freud haya querido que el psicoanálisis fuera acogido como científico, a lo sumo puede ser una ciencia de lo particular, que no es más que una contradicción en sus términos.

A pesar de ello, es esa particularidad la que permite hacerse otras preguntas; por ejemplo, respecto a Marie Bonaparte: ¿Hasta dónde una princesa puede tener orgasmos? Puede parecer ridículo plantearse una cuestión de este tipo, pero el cuerpo de una princesa está atravesado por las coacciones impuestas por pertenecer a la nobleza, el casamiento determinado y negociado, la carne tratada mediante protocolos. ¿No será su necesidad de operaciones un modo para poder gozar de su cuerpo de mujer separándose de un cuerpo regulado por la *sangre real*?¹⁹ También es posible preguntarse cómo es que una mujer en la década del setenta llegó a invalidar su orgasmo por clitoridiano hasta declararse frígida. Aquí pesa una dura sospecha, que justamente un análisis didáctico haya tenido como resultado un adoctrinamiento, y la idea de frigidez haya sido un síntoma que tenía función de signo. La particularidad de lo sucedido en la vida de David Reimer ¿pudo haber tenido otro giro si alguien hubiera escuchado que su madre de niña siempre soñaba con tener gemelos y al mismo tiempo pensaba que nunca tendría esa suerte? Sin duda que ciertas preguntas frente a la catástrofe vivida por los Reimer dejan las cosas en el puro campo de la ficción, pero no deja de haber allí la misma enseñanza freudiana: cada caso, antes que la teoría. ♦

19 No en vano Kantorowicz escribió un libro titulado *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval* (1985).

BIBLIOGRAFÍA

- Abelove, H. (2000). Freud, la homosexualidad masculina y los americanos. En AA.VV., *Grafías de Eros*. Buenos Aires: Edelp. (Trabajo original publicado en 1993).
- Agamben, G. (2009). *Signatura rerum. Sobre el método* (F. Costa y M. Ruvituso, Trad.). Buenos Aires: Adriana Hidalgo. (Trabajo original publicado en 2008).
- Caro Berta, A. (2007). *David que no fue Brenda*. Montevideo. Recuperado de <http://davidquenofuebrenda.blogspot.com/>
- Colapinto, J. (1998). La verdadera historia de John Joan. *Rolling Stone*, 9, 4-145.
 (2001). *As Nature Made Him: The Boy Who Was Raised As A Girl*. New York: Harper Collins.
- Davidson, A. (2004). *La aparición de la sexualidad* (J. G. López Guiz, Trad.). Barcelona: Alpha Decay. (Trabajo original publicado en 2001).
- Eribon, D. (2008). *Escapar al psicoanálisis*. Barcelona: Bellaterra.
- Jacquot, B. [Réalisateur]. (2004). *Princesse Marie* [Película], Austria, France: Films en Stock, Pampa Production, Satel Film, Österreichischer Rundfunk.
- Foucault, M. (1992). *Nietzsche, la genealogía, la historia* (J. Vázquez Pérez, Trad.). Valencia: Pre-textos. (Trabajo original publicado en 1971).
 (2003). *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1969).
- Freud, S. (1993). Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 9, pp. 137-148). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1908).
- (1994). *Cartas a Wilhelm Fliess* (J. L. Etcheverry, Trad.). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1950).
- (1996). Tres ensayos de teoría sexual. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 7, pp. 109-223). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).
- Freud, S. y Abraham, K. (2001). *Correspondencia completa* (T. Schilling, Trad.). Madrid: Síntesis. (Trabajo original publicado en 1965).
- Gil, D. (1997). *Sigmund Freud y el cinturón de castidad*. Montevideo: Trilce.
- Hacking, I. (2001). *¿La construcción social de qué?* (J. Sánchez Navarro, Trad.). Barcelona: Paidós. (Trabajo original publicado en 1998).
- Hirschfeld, M. (1953). *El alma y el amor* (G. Sulim, Trad.). Buenos Aires: Partenón.
- Jones, E. (1996). *Vida y obra de Sigmund Freud* (Vol. 1), (M. Carlisky, Trad.). Buenos Aires: Lumen Hormé. (Trabajo original publicado en 1953).
- Kantorowicz, E. (1985). *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval*. Madrid: Alianza. (Trabajo original publicado en 1957).
- Laqueur, T. (1992). Amor veneris, vel dulcedo appetetur. En *Historia del cuerpo humano* (Vol. 3, pp. 90-131). Madrid: Taurus. (Trabajo original publicado en 1989).
- (1994). *La construcción del sexo. Cuerpo y género de los griegos hasta Freud* (E. Portela, Trad.). Madrid: Cátedra. (Trabajo original publicado en 1990).
- O'Connell, S. [Producer]. (2004). *Dr. Money and the boy with no penis* [Movie]. London: Science & Nature, Horizon, BBC. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=E8ewHzh2WSA>
- Tamagne, F. (2000). *Histoire de l'homosexualité en Europe. Berlin, Londres, Paris. 1919-1939*. Paris: Seuil.